

Belleza, buen pulso narrativo y magistral uso del tiempo son las claves de la nueva novela de José Antonio Abella

El riesgo inconcebible de estar vivos

por **JUAN MARQUÉS**

«La vida que contiene cada libro se hace nuestra cuando lo leemos», se dice en *El corazón del cíclope*, y eso es lo que sucede en la propia novela, pues aunque transcurre por cauces narrativos muy conocidos, y el argumento obedece en general a moldes relativamente previsibles, se trata de un relato muy bien escrito, realmente hermoso y finalmente emocionante.

Utilizando desde el principio la técnica del manuscrito encontrado, José Antonio Abella (Burgos, 1956) finge estar corrigien-

do y poniendo en orden seis cuadernos que un primo montañero encontrara en una inaccesible cueva de cabras. En ellos, un hombre llamado Leonardo cuenta su vida desde su nacimiento a comienzos del siglo XX hasta la redacción de esos papeles, en 1942, cuando lleva cinco años escondiéndose de las autoridades franquistas, leyendo la *Odisea* y manteniendo a raya a los lobos.

Pero *El corazón del cíclope* no es una novela de maquis, o no principalmente. Es más bien una novela de formación que comienza en el contexto de la Primera Guerra Mundial en un pueblo imaginario llamado Valferrado, en la cuenca minera al norte de León, y donde, ubicado entre montañas, «amanecía tarde y anochece pronto», lo cual procura una primera metáfora perfecta de los horizontes que esperan al muchacho. «Mi infancia fue la de un niño pobre en un país miserable. Pero cada día tiene su afán y el simple hecho de vivir era ya un premio», piensa Leo, y con esa

Poeta reconocido, Pedro Flores debuta en la novela con esta hermosa historia sobre el valor social del lenguaje lírico

El luminoso poder de las palabras

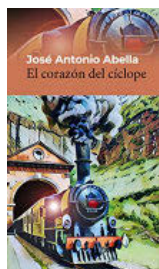
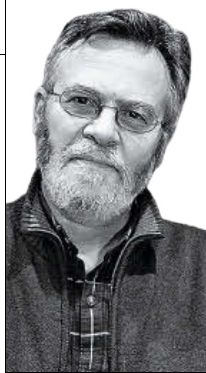
por **ADRIANA BERTORELLI**

En muchos aspectos nacer en Canarias es como nacer en otro país. Quizás porque, aunque pertenezcan a España, geográficamente las islas forman parte del continente africano. Eso, tal vez, explica –pero no excusa– por qué tan pocos escritores canarios se conocen y leen en la península. Premiado y reconocido como poeta –ganador del José Hierro y el Jaime Gil de Biedma, y, en el último año ha obtenido el Generación del 27, el Miguel Hernández y el Jorge Manrique–, Pedro Flores (Las

Palmas, 1968) no se descuelga en su debut novelístico del género que mejor conoce.

La isla de los muchachos hermosos cuenta la historia de Bebo Ríos, un adolescente de un barrio pobre, que de pronto se encuentra explorando la poesía de la mano de una terca profesora de Literatura, ya retirada, que se empeña en quitarle la capa de mugre descubriéndole a Borges, Machado, Quevedo, Pessoa y Rubén Darío, con la premisa iluminadora e inobjetable de que en poesía «también la verdad se inventa» y mostrándonos cómo los poemas pueden ser personales sin ser autobiográficos.

Además de leer y escribir, Ríos se asombra cosechando las nuevas palabras como quien siembra jardines, y las incorpora a su propio vocabulario. Palabras como albur, avatares, erial, enaguas o alharaca, que al principio le suenan rimbombantes, al final le revelan nuevas formas de nombrar lo conocido. Es interesante el contraste de clases que hace entre



JOSÉ ANTONIO ABELLA
EL CORAZÓN DEL CÍCLOPE
Menoscuarto.
408 pp. 22,90 €



PEDRO FLORES
LA ISLA DE LOS MUCHACHOS HERMOSOS
Maclein y Parker.
180 pp. 17,50 €

buena actitud comienza a trabajar en una *ferrería*, donde nace una conciencia política que va matizándose pero que algo tiene que decir en las huelgas de 1917, a lo largo de la dictadura de Primo de Rivera y Berenguer, con la proclamación de la República y, sobre todo, con la revolución de 1934 y la guerra de 1936.

Antes de llegar a un final ambiguo pero esperanzador (que deja abierta la posibilidad de una secuela), se van sucediendo acontecimientos privados o colectivos estupendamente enfocados, que no puedo desvelar sin destripar la trama, pero que van construyendo algo creíble y conmovedor y reconstruyen el destino de un buen hombre en un tiempo de hambre, miseria y violencia.

Los tópicos a los que aludía (enfrentamiento ritual con el padre, primera experiencia sexual con una prostituta, maestro republicano que se desvive por ayudar...) quedan compensados con la belleza del relato y con el magisterio en el uso del tiempo. **L**

los habitantes de la isla y los turistas y cómo lo dibuja: «Están bronceados como si el sol que les tocara a ellos no fuera el mismo que nos cuece a nosotros cuando estamos de plantón en la entrada de un hotel abriendo las puertas de los taxis, como el que me persigue a mí, cuando camino por el pedregal polvoriento los miércoles para que una vieja adicta a la metáfora me hable de poetas a los que el sol cocía, a su vez, en sus exilios y en los patios de sus prisiones».

Pero el guiño mayor de esta novela y lo más bonito, además de la sospecha de que el autor está encarnado en casi todos sus personajes, es que los encuentros con la profesora y sus reflexiones sobre el hecho poético se convierten en una clase magistral de apreciación y análisis poético para *dummies*, y de cómo o desde dónde acercarse a la poesía, descubriendo que el hecho poético es el enigma mismo y haciendo un recorrido precioso por poetas fundamentales. **L**